

Premio de
Literatura
Latinoamericana
y del Caribe
Juan Rulfo

**Julio Ramón
Ribeyro**

1994





Premio de
Literatura
Latinoamericana
y del Caribe
Juan Rulfo

■ **Julio Ramón Ribeyro**
1994



José Trinidad Padilla López
RECTOR GENERAL

Raúl Vargas López
VICERRECTOR EJECUTIVO

Carlos Jorge Briseño Torres
SECRETARIO GENERAL

Dulce María Zúñiga
DIRECTORA DE LA ASOCIACIÓN CIVIL DEL
PREMIO DE LITERATURA LATINOAMERICANA
Y DEL CARIBE JUAN RULFO

José Alfredo Peña Ramos
DIRECTOR GENERAL DEL SISTEMA
DE EDUCACIÓN MEDIA SUPERIOR

Lourdes Elizabeth Parga Jiménez
SECRETARIA ACADÉMICA DEL SISTEMA
DE EDUCACIÓN MEDIA SUPERIOR

Elvia Velasco Cobarruvias
COORDINADORA DE DIFUSIÓN Y EXTENSIÓN
DEL SISTEMA DE EDUCACIÓN MEDIA SUPERIOR

Gustavo A. Cárdenas Cutiño
COORDINADOR GENERAL ADMINISTRATIVO

José Antonio Ibarra Cervantes
DIRECTOR GENERAL DEL CORPORATIVO
DE EMPRESAS UNIVERSITARIAS

Raúl Padilla López
PRESIDENTE DE LA FERIA
INTERNACIONAL DEL LIBRO DE GUADALAJARA

Nubia Edith Macías Navarro
DIRECTORA DE LA FERIA INTERNACIONAL DEL LIBRO
DE GUADALAJARA

Sayri Karp Mitastein
DIRECTORA DE LA EDITORIAL UNIVERSITARIA

Cuidado editorial:
Jorge Orendáin

Diseño de portada e interiores:
Claire Castillo Montenegro

Formación y tipografía:
Sol Ortega Ruelas

Caricatura:
Jorge Salazar (Jors)

Fotografía: Cortesía de la FIL

© *El profesor suplente, El sargento Canchuca, Dichos de Luder, La tentación del fracaso, El vuelo del poeta;*
Julio Ramón Ribeyro

Primera edición, 2006

D. R. © 2006, Universidad de Guadalajara

Editorial Universitaria
Francisco Rojas González 131
Colonia Ladrón de Guevara
44600, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx

ISBN 970 27 0947 4
Universidad de Guadalajara

ALFAGUARA

D. R. © 2006, Santillana Ediciones Generales, S. A. de C. V.

Av. Universidad 767
Colonia del Valle
03100, México, D.F.
www.alfaguara.com.mx

ISBN

Agosto de 2006



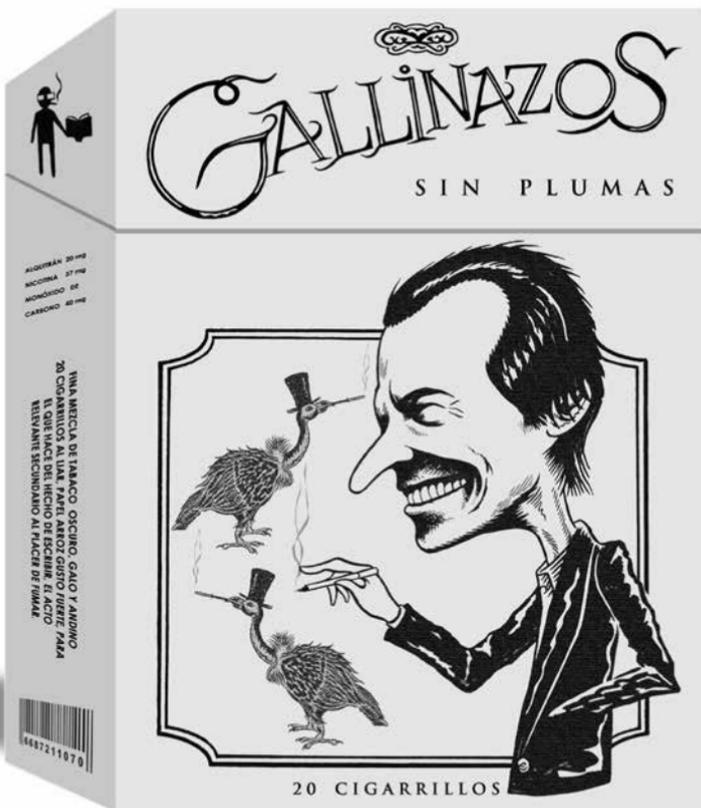
Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercialSinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Premio de
Literatura
Latinoamericana
y del Caribe
Juan Rulfo

**Julio Ramón
Ribeyro**

1994





AGUIFÓN 20 mg
NICOTINA 0,7 mg
MONÓXIDO DE
CARBONO 40 mg

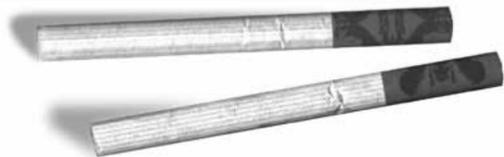
UNA MEZCLA DE TABACO OSCURO, GALLO Y ANDINO
20 CIGARRILLOS AL LUGAR PAPEL ABEZOZ GASTO FUERTE PARA
EL QUE HACIA DELICADO DE ESCIBIR EL PAPEL
MAYORMENTE SECONADO AL TABACO DE TABACO

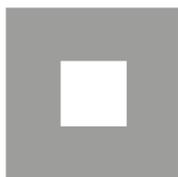


6487211970

20 CIGARRILLOS

VOR.

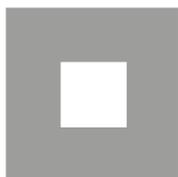




Índice

- 7** Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo
- 11** Julio Ramón Ribeyro
- 13** Julio Ramón Ribeyro. *La tentación del fracaso* y sus alrededores
Ricardo Sigala
- 21** Fabiola, Silvio: el discreto encanto de la gente simple
Luis Martín Ulloa
- 29** Cuentos
Julio Ramón Ribeyro





Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo



El Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo nació de la necesidad de contar en América Latina con un premio de primer nivel, equiparable a los grandes premios internacionales. Doce instituciones mexicanas, agrupadas bajo la forma jurídica de asociación civil no lucrativa, se propusieron otorgar anualmente un reconocimiento semejante en su calidad, monto y prestigio a los galardones más importantes del mundo literario.

El premio pretende brindar el mayor reconocimiento que otorga Latinoamérica a los escritores cuya lengua de expresión artística sea el español, así como aquellos que utilizan otras lenguas de la zona: portugués, francés o inglés. Sus objetivos son promover, estimular, reconocer y difundir la creación literaria de autores latinoamericanos, del Caribe y de la Península Ibérica, cualquiera que sea su idioma y filiación cultural.

El Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo consiste en cien mil dólares, y se otorga al conjunto de una obra de creación en cualquier género literario: poesía, novela, dramaturgia, cuento o ensayo.

Un jurado de siete destacados intelectuales de las letras, representando diversas nacionalidades, avala y garantiza la seriedad del premio, que ha elegido el nombre de Juan Rulfo, por tratarse de un escritor cuya maestría y fama rebasan los límites de la lengua española.

El Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo se entrega una vez al año la última semana del mes de noviembre, teniendo como marco la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, a la que asisten editores, libreros, críticos y escritores.

La Asociación fue fundada por las siguientes instituciones:

- Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
- Universidad de Guadalajara
- Gobierno del Estado de Jalisco
- Petróleos Mexicanos
- Productora e Importadora de Papel, S. A. de C. V.
- Banco Nacional de Comercio, S. N. C.
- Banco Nacional de Comercio Exterior, S. N. C.
- Banca Promex, S. N. C.
- H. Ayuntamiento de Guadalajara
- Lotería Nacional para la Asistencia Pública
- Fondo de Cultura Económica
- Banco Nacional de México, S. N. C.



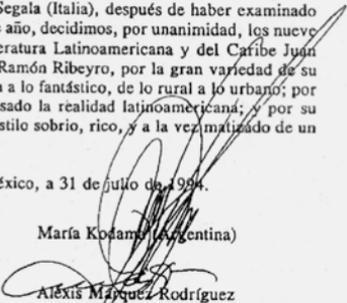


ACTA DEL JURADO
DEL PREMIO DE LITERATURA LATINOAMERICANA Y DEL CARIBE
JUAN RULFO 1994

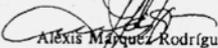
Reunidos en la ciudad de Guadalajara del día 28 al 31 de julio de 1994, siendo las 10 de la mañana del día de hoy, los Miembros del Jurado del Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo 1994, Claude Couffon (Francia), María Kodama (Argentina), Joaquín Marco (España), Alexis Márquez Rodríguez (Venezuela), Adolfo Castañón (México), Raymond L. Williams (Estados Unidos), e Irlemar Chiampi (Brasil), en ausencia por razones de salud de Dulce María Loynaz (Cuba) y Amos Segala (Italia), después de haber examinado los 157 candidatos propuestos para este año, decidimos, por unanimidad, los nueve integrantes, otorgar el Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo 1994, al escritor peruano Julio Ramón Ribeyro, por la gran variedad de su registro estilístico, que va de lo realista a lo fantástico, de lo rural a lo urbano; por el vigor artístico con el que ha expresado la realidad latinoamericana; y por su notable aportación a las letras con su estilo sobrio, rico, y a la vez matizado de un personal sentido del humor.

Guadalajara, Jalisco, México, a 31 de julio de 1994.


Claude Couffon (Francia)


María Kodama (Argentina)

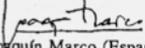

Raymond L. Williams

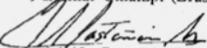

Alexis Márquez Rodríguez

(Estados Unidos)

(Venezuela)


Irlemar Chiampi (Brasil)


Joaquín Marco (España)


Adolfo Castañón (México)

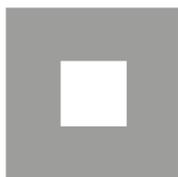
Amos Segala (Italia)

Dulce María Loynaz (Cuba)

AV. JUÁREZ 975 • GUADALAJARA, JALISCO, MÉXICO • C.P. 44100 • TEL. 4623 48 68 Y 626 91 83 • FAX 626 77 23

Protocolo del Acta del Premio de Literatura





Julio Ramón Ribeyro

Nació en Lima, Perú, en 1929, y murió a finales de 1994. Estudió leyes en la Universidad Católica de Lima; periodismo en España y literatura en Munich. Desde temprana edad mostró su apego a las literaturas, ante el estupor de su familia —de clase media— que consideraba el oficio de escritor como denigrante. Viajó a Europa, se estableció en París y trabajó como periodista en France-Press. En 1972 fue agregado cultural de su país en Francia. En 1974 se le detectó cáncer, enfermedad ocasionada claramente por su adicción al cigarro. Luego de recaídas y cirugías mayores, murió el 4 de diciembre de 1994, días después de obtener el premio Juan Rulfo.

Ribeyro está considerado como uno de los mejores escritores del Perú. Abarca preferentemente el cuento y la novela, pero también el teatro, el ensayo y el diario personal, aparte de otras modalidades literarias difícil de encasillar.

La riqueza de su obra literaria abarca una gran variedad de registros estilísticos que van de lo realista a lo fantástico y de lo rural a lo urbano, con un estilo sobrio, rico y a la vez matizado por un particular sentido del humor.

OBRAS

Cuentos

Las botellas y los hombres (1946)

Los gallinazos sin plumas (1955)

Cuentos de circunstancias (1958)

Tres historias sublevasteis (1964)

- *Los cautivos* (1972)
- *El próximo mes me niveló* (1972)
- *Silvio en El Rosedal* (1977)
- *A través de mi espejo* (1981)
- *Sólo para fumadores* (1987)
- *Relatos santacrucinos* (1992)

Novela

- *Crónica de San Gabriel* (1960)
- *Los geniecillos dominicales* (1965)
- *Cambio de guardia* (1976)

Teatro

- *El sótano*
- *Fin de semana*
- *Los caracoles*
- *El uso de la palabra*
- *El último cliente*
- *Atusparia*

Otros

- *Prosas apátridas* (1975)
- *Dichos de Luder* (1989)

PREMIOS

- Concurso Internacional de Teatro en Perú (1959)





Julio Ramón Ribeyro.
*La tentación del fracaso y sus
alrededores*

Ricardo Sigala

La obra de Julio Ramón Ribeyro (1929-1994) es una isla en el panorama de la literatura hispanoamericana del siglo XX. Uno de los lugares comunes cuando se habla del autor de *Los gallinazos sin plumas* es el que lo designa sarcásticamente como “el mejor escritor peruano del siglo XIX”. Ribeyro, es cierto, tiene una clara filiación con escritores decimonónicos como Flaubert, Maupassant, Stendhal, Gogol y Chéjov, entre otros. A diferencia de la mayoría de sus contemporáneos —específicamente los autores del Boom, quienes optaron por el afán totalizador y la visión multifocal y heteróclita—, él prefirió la ficcionalización de hechos nimios desde un punto de vista “objetivo”, deudora de Henry James y una presencia discreta pero constante de Kafka y el primer Joyce.

Si seguimos atentamente sus cuentos, pero especialmente sus diarios, veremos que Ribeyro estaba al día en lo que se refiere a las novedades técnicas del siglo XX —“La insignia”, que es un homenaje a Kafka, y “Fénix” a la técnica faulkneriana son los más claros ejemplos entre sus relatos—, por lo cual resulta injusto atribuir su aparente anacronismo a la ignorancia, sus lectores más atentos no tardan en percibir en esta característica una derivación lógica de su sensibilidad y su postura estéticas.

Es sabido que Ribeyro gustaba de ironizar sobre las técnicas y mecanismos en boga, y a los cuales se refirió como el aspecto “nuevo rico” de la literatura latinoamericana. Es sintomático de lo anterior el siguiente fragmento extraído de los *Dichos de Luder*:

—¿Qué opinas de la vanguardia?— le preguntan a Luder. —¿La vanguardia? No tengo nada que ver con el arte de la guerra.

No obstante lo anterior, su afán no era la descalificación, más bien sus ataques se dirigían a la ostentación gratuita de dichas tendencias, impuestas por la moda cultural. ¿Cuántos escritores de los años sesenta cumplieron con ellas y ahora están en el completo olvido? Seguro olvidaron que lo importante era construir una literatura, cosa que nunca pasó por alto Ribeyro.

Al comprometerse consigo mismo y no con el tronco central de la literatura hispanoamericana, el autor de "Sólo para fumadores" se colocaba al margen del mercado y las modas intelectuales. Esta postura es emblemática ya que la narrativa de Ribeyro simpatiza con los personajes marcados por el fracaso, la soledad, la condición extranjera o apátrida, aquellos que han quedado al margen de la fiesta de la vida. En este sentido el cosmos que contiene el corpus de su literatura goza, pues, de una coherencia incuestionable.

Otro de los tópicos que rondan la literatura de Ribeyro es el de su condición marginal, en gran medida responsabilidad del mismo Ribeyro, una cita frecuente que ilustra este fenómeno es la siguiente:

—¿No te preocupa escribir desde hace treinta años para haber alcanzado tan minúscula celebridad? —le preguntan a Luder.

—Por supuesto. Me gustaría escribir treinta años más para llegar a ser completamente desconocido.

Un autor al que sólo otros escritores conocían, al que unos pocos editores se atrevían a publicar, un latinoamericano que se empeñaba en no privilegiar la forma novelesca, la envergadura enciclopédica, ni la renovación profusa del aparato retórico, como hacían sus populares contemporáneos.

Si bien en todo lo anterior hay algo de cierto, también habría que decir que hacia la década de los setenta parte de su obra se publicaba en España, Francia, Alemania, Holanda e Italia, algunos de sus textos se habían llevado al cine o a la televisión en Perú, Francia y Holanda, cierto que en ninguno de los casos con éxitos de ventas pero por lo menos era un escritor que llamaba la atención y estaba presente en varias regiones culturales importantes.

Curiosamente, cuando el prestigio del *Boom* latinoamericano comenzó a menguar a mediados de los años setenta, la posición marginal, anacrónica y en clave menor de Ribeyro aparecerá ante el nuevo paradigma cultural como una obra de marcada actualidad, asociada comúnmente con los fenómenos de la posmodernidad. Tres títulos en particular contribuyeron de manera especial para hacer posible tal asociación: *Prosas apátridas* (1975), *Dichos de Luder* (1989) y *La tentación del fracaso* (1992).

Ribeyro dedicó su vida a la elaboración de una amplia obra, tanto en cantidad como en diversidad genérica: tres novelas, nueve libros de cuentos, una buena cantidad de ensayos y dos obras de teatro encabezan la lista; pero dentro de la particularidad que representa en sí misma su obra literaria, los tres libros citados destacan por su "rareza" formal y por resultar géneros casi inexistentes en la tradición hispanoamericana, que suele dejar de lado nuestro canon latinoamericano. Es importante decirlo: junto con sus cuentos, en los que el autor se manifiesta magistralmente, son estos libros los que mejor definen la estética ribeyriana y vendrían a ser la culminación de la búsqueda de una literatura personal.

La publicación, en 1992, del primer volumen de *La tentación del fracaso* constituyó un suceso importante para la prosa peruana, y acaso hispanoamericana. La primera impresión causada fue que Ribeyro abandonaba la parquedad técnica característica de sus novelas y relatos para ingresar en un ámbito genérico poco explotado por nuestra tradición: el diario. Sin embargo, para quienes habían seguido la trayectoria del autor no resultaba tan sorprendente, sobre todo si se tenía en cuenta los antecedentes de *Prosas apátridas* (1975), cuya edición definitiva aparcería en 1986, y los aforismos de *Dichos de Luder* (1989), ambos marcados ya sea por un tono reflexivo y confesional o bien por la dificultad de la clasificación genérica. Todo indicaba el ingreso a una nueva fase creativa por parte de Ribeyro.

La unidad que aparentan estos tres títulos no es de ninguna manera fortuita, pues sabemos que tanto *Prosas apátridas* como *Dichos de Luder* nacieron en el seno de *La tentación del fracaso*, una es-

critura que concentra casi treinta años de escritura y reflexión en torno a la creación. Una simplificación en la catalogación genérica nos permitiría asignarles en los siguientes tópicos: el ensayo, el aforismo y el diario respectivamente, pero los mismo están permanentemente problematizados en la práctica.

La paradoja latente entre la forma de los relatos y novelas de la primera época de clara filiación decimonónica y la experimentación formal de los últimos libros, quizás no sea tal después de comprender el objetivo último de nuestro escritor y que de forma tan elocuente presenta en su *Antología personal*, publicada el año de su muerte: "Las fronteras entre los llamados géneros literarios son frágiles y catalogar sus textos en uno u otro género es a menudo un asunto circunstancial, pues toda obra literaria es en realidad un *continuum*. Lo importante no es ser cuentista, novelista ensayista o dramaturgo, sino simplemente escritor." Y efectivamente, el Ribeyro de los tres libros en cuestión es un escritor que erige su obra a partir de su necesidad estética y de comunicación, más sobre la palabra y la experiencia que sobre los supuestos formales que dominan los géneros tradicionales.

Prosas apátridas, *Dichos de Luder* y *La tentación del fracaso* tienen en común la oscilación entre el ensayo, el aforismo y el diario, y constituyen un híbrido que se conduce entre la suma del texto breve, la reflexión, la autobiografía y el ensayo; los tres se componen de fragmentos y hacen énfasis en los detalles; pero se diferencian en el tono asignado a cada uno de ellos: en *Prosas apátridas*, domina el ensayístico y analítico; en *Dichos de Luder*, el irónico; y en *La tentación del fracaso*, el confesional e intimista.

En su conjunto, *Prosas apátridas* es la presencia de una subjetividad que dialoga y discute consigo misma, a la vez que la de un narrador que observa y medita. Se le asocia frecuentemente con la genealogía literaria de *Le spleen de Paris* de Baudelaire, los aforismos de Ciorán y las reflexiones autobiográficas de Gesualdo Buffalino; en tanto que entre los escritores hispanoamericanos se le vincula con el Antonio Porchia de *Voces* y el Bioy Casares de *Guirnalda con amores*.

A lo largo de las casi setecientas páginas que constituyen *La tentación del fracaso* es difícil encontrar, por parte de Ribeyro, juicios positivos sobre su obra, una de las excepciones es una anotación en torno a *Prosas apátridas*, el 22 de abril de 1978 escribe: "Probablemente es lo mejor que he dado de mí. Encuentro algunas que me sorprenden y me emocionan porque no sé cómo surgieron ni por qué las expresé así. Son textos que me sobrepasan, quiero decir que son mejores que yo. Creo que en este libro, en ciertos momentos avancé más allá de mi propia frontera."

El contrapeso de las anteriores palabras, en las que el texto parece superar las intenciones del autor, lo representa *Dichos de Luder*. En él el protagonista comparte muchas circunstancias biográficas con Ribeyro, una especie de *alter ego*, según se lee en la nota introductoria al texto, y no sólo eso sino que también tienen en común posturas y opiniones ante los más variados asuntos, especialmente de naturaleza literaria. Podríamos decir que Luder no es otro que Ribeyro ficcionalizado, con la salvedad del tono irónico que caracteriza al personaje de ficción.

Dichos de Luder es un pequeño libro constituido por un centenar de breves textos que se hermanan con el aforismo, presentados casi siempre en forma de anécdota. Muchos han visto en Monsieur Teste de Valéry el antecedente más claro de Luder, en tanto que Vargas Llosa lo relaciona con ciertos trabajos de Camus y Flaubert. En *Dichos de Luder* destaca la brevedad anecdótica, la expresión lapidaria y el humor.

La tentación del fracaso se muestra como el centro desde el que emana la literatura de Ribeyro, no sólo los libros capitales de los que hemos hablado, que son producción de su última etapa, sino que el diario se remonta incluso a antes del Ribeyro escritor: cinco años separan el inicio del mismo de su primer libro de cuentos, y es posible seguir la génesis de una buena cantidad de sus obras: los motivos anecdóticos, las búsquedas formales, el compromiso con la literatura.

Mucho se ha hablado de su importancia en América Latina, ya que antes de él sólo se habían publicado "diarios de exploradores,

viajeros o funcionarios”, el género como una expresión literaria carece de raíces profundas en nuestra literatura. Aunque escritores peruanos contemporáneos, como Mario Vargas Llosa con *El pez en el agua* y Alfredo Bryce Echenique con *Permiso para vivir*, incursionaron en la escritura autobiográfica —*Diario y fantasía* de Bioy Casares sería otro ejemplo del ámbito hispanoamericano—, el caso de *La tentación del fracaso* es diferente porque no se constituye sólo como un libro de memorias sino como el diario de un escritor. Es verdad que en él se encuentra un catálogo de experiencias amorosas y de amistad, conflictos de salud, financieros y laborales, pero los temas literarios dominan el corpus y son seleccionados y presentados de tal forma que se muestran como una constante indagación sobre el proceso de la generación de la obra, de la vocación del escritor y de la elaboración del “yo” ético y estético de la voz enunciativa.

Todo en los diarios de Ribeyro apunta a la creación literaria más que a la enumeración de experiencias, anécdotas o vicisitudes cotidianas. En el prólogo de la primera edición el autor se nos revela como lector asiduo de este modelo textual: “mi afición a los diarios íntimos data de muy temprano, desde que a los catorce o quince años leí el de Amiel, en una edición de dos volúmenes que encontré en casa”, y más adelante agrega: “Con el tiempo logré reunir una apreciable colección y me convertí, si no en un erudito, en un buen conocedor de la materia.” Esta búsqueda de la comprensión del género en la profundidad de su estructura, y el privilegio de los contenidos, explica por qué *La tentación del fracaso* se ha convertido en un referente inevitable para acercarse y conocer la obra del peruano.

Pocas veces la lectura paralela del diario y obra de creación establece tantos vínculos útiles para un mejor acercamiento y comprensión de la obra en su totalidad, el diálogo que establece el diario con los cuentos, por poner un ejemplo, no se limita a ciertas anécdotas biográficas susceptibles de ser ficcionalizadas, sino que el “yo” que se construye en él comulga con la estética general del conjunto de la obra de Ribeyro, con las situaciones dominantes y con la preferencia por determinado grupo de personajes.

Cuando Ribeyro reunió sus cuentos bajo el título de *La palabra del mudo*, tenía el afán de explicar que en sus cuentos se le proporcionaba voz a los descastados, a los desarraigados, los parias, los inmigrantes pobres y desclasados, que son los personajes que campean en sus textos; de manera significativa el título de *La tentación del fracaso* mostrará la tendencia a construir un “yo” enunciativo hermanado con los personajes recurrentes en su narrativa. Si bien es cierto que los primeros años del diario muestran a un Ribeyro con frecuentes dificultades económicas como emigrante sudamericano en Europa, también es verdad que una vez que logra una “estabilidad” económica y emocional —llegó a ser funcionario de las embajadas de su país en Europa y se casó y tuvo un hijo—, su diario nunca abandonó el tedio existencial hermanado con los personajes de Sartre y Camus; el malestar, el vacío son las señas de identidad del “yo” en cuestión.

Borges se esforzó en construir al “otro” Borges, una entidad ficcionalizada que enriquece su obra, no es diferente el caso de Ribeyro, quien desde las páginas de su diario se construirá como un marginado, desde el hecho de resistirse a adoptar los recursos del *Boom* que le abrirían las del mercado, hasta la resistencia a seguir la tradición familiar. En alguna ocasión el historiador Pablo Macera lo acusó de ejercer una “estética aristocrática”, basado en la línea paterna de su genealogía, a lo que Ribeyro contestó en su diario: “Él ignora que por mi ascendencia materna soy un plebeyo (...). Ignora también que no extraño en absoluto los privilegios mundanos e intelectuales de mis abuelos rectores y que más bien parte de mi actitud en los últimos años puede definirse como resistencia y casi hostilidad ‘a seguir ese camino’ (no haberme recibido de abogado, no haber hecho lo que podía para ingresar a la docencia en San Marcos, etc.). No conoce hasta qué punto carezco de una serie de sentidos específicos de la casta a la que me quiere asimilar: el de la propiedad, el del domicilio, el de la patria, el de la profesión y hasta el de la familia.”

Una de las líneas que explota el diario de manera magistral es la que se refiere al ejercicio cotidiano del escritor —que en mu-

chos momentos no podemos dejar de relacionar con otro diario famoso: el de Cesare Pavese—, una cita del 11 de mayo de 1975 resulta una autodefinición elocuente por parte del autor del *Silvio en El Rosedal*, de su entrega a su oficio: “Cuando no estoy frente a mi máquina de escribir, no sé qué hacer, la vida me parece desperdiciada, el tiempo insoportable. Que lo que haga tenga valor o no es secundario. Lo importante es que escribir es mi manera de ser, que nada remplazará.”

Sabemos que los cuentos de Ribeyro constituyen una de las obras más personales de nuestras letras y que la experiencia de lectura es sumamente entrañable, el lector desconoce el origen del impacto de los relatos como “Sólo para fumadores” o “Los gallinazos sin plumas”, pero es un hecho que resultan casi siempre memorables. No menos sucede con *La tentación del fracaso* —y sus ramificaciones más cercanas: *Prosas apátridas* y *Dichos de Luder*— asistimos en ellos a la tribuna donde se va constituyendo la identidad del Ribeyro escritor, la estética que profesa, su desarraigo y su dificultad para integrarse a cualquier ámbito que no sea su universo literario, es el lugar, como dice Meter Elmore, “donde se reconoce y al que pertenece”.





Fabiola, Silvio: el discreto encanto de la gente simple

Luis Martín Ulloa

Solicito el permiso de mi maestro Julio Ramón Ribeyro, para comenzar hablando un poco de mí (nunca lo vi más que en fotos —su rostro flaco casi triangular, de mentón afilado y nariz grande, entradas pronunciadas en el pelo y con frecuencia sonriente—, pero eso no impide que lo considere mi maestro; lo más cerca que estuve de conocerlo personalmente fue cuando debió viajar en noviembre de 1994 a Guadalajara para recibir el Premio Juan Rulfo; hecho que finalmente no sucedió debido a su estado de salud, y fue su esposa Alida Cordero quien vino a México en su nombre).

Entonces, recomienzo.

Siempre me gustaron las historias de perdedores, pero no estaba consciente de ello. Algo empecé a sospechar cuando en la adolescencia, después de haberme iniciado en el terreno de la escritura, con los primeros cuentos que pude armar, alguien que los leyó me preguntó “¿y por qué siempre se mueren los personajes?”. Con asombro repasé esos primeros intentos y en efecto, en cualquier historia que hubiera acometido, los personajes morían al final. Eso no mermó mis ánimos narrativos, pero puse atención en que tuvieran un desenlace más halagüeño. Después vino la fascinación por el cine, y de nuevo: el gusto por las películas de historias tristes.

En la literatura de otros también halle el terreno propicio para continuar ese gusto. Como con Ribeyro. El primer encuentro gozoso con su escritura fue a través de “La señorita Fabiola”, publicado en una revista. ¿Cómo no quedar fascinado de inmediato con ese texto sobre una mujer pequeñita, señorita venida a menos y profesora estoica que enseñaba a leer y escribir? Corrían los primeros

años de los ochenta al momento de esa lectura, época un tanto difícil (creo recordar) para conseguir en México libros de autores peruanos. Y mucho más, es de suponer, para un adolescente sin ingresos fijos. Después, de alguna manera también conocí “Silvio en El Rosedal”. Y recibí un nuevo golpe certero.

Tal vez sea más apropiado decir que, antes que gustarme, me inquietaron estos dos seres que cobraban vida para mí en el papel. Fabiola. Silvio. Ciertamente no eran los personajes simpáticos que a uno le gustaría conocer, ya no digamos en la vida real, acaso ni siquiera en la literatura. Ambos (Silvio, Fabiola) podían incluirse en la funesta nómina de los fracasados. Recordemos: Fabiola es una maestra pequeñita, fea, que a duras penas puede sostener su imagen de señorita de clase media con el sueldo mísero que recibe. Tiene que soportar a una familia mala e igual de fea que ella, un hermano militar y medio loco, otro que componía aparatos eléctricos y una hermana mandona.

Su historia nos la cuenta un miembro de una familia amiga, un niño de los muchos que ella ayudó a aprender a leer y escribir, que para el comienzo del cuento ya es adulto y por añadidura se convirtió en todo un escritor.

La señorita Fabiola debe afrontar varias desavenencias que ponen en peligro esa amistad con la familia, entre ellas que una vez el narrador, niño todavía y dada la estatura de la maestra, la sube a su bicicleta y en una mala maniobra van a dar a un charco de agua fangosa. El suceso, que debería poner un poco de brillo a su existencia, también termina por irse al traste: Fabiola se casa con un hombre menor que ella, con quien procrea varios hijos, pero después se separan, aunque el muchacho la sigue buscando para quitarle la plata. ¿Se podría encontrar algún personaje más infortunado? Y sin embargo, Fabiola perduró (perdura todavía; seguirá perdurando) en mi mente de lector fascinado.

Y en cuanto a Silvio, tampoco se podría decir de él que es una imagen acabada del hombre triunfador. Alejado de manera definitiva de su mayor ilusión en la vida (ser un virtuoso del vio-

lín) por su mismo padre, quien lo puso a trabajar en el negocio familiar desde niño, creció sin amigos, sin novia, en fin, sin conocer el mundo más allá del mostrador de su tienda. A la muerte de su padre, recibe una hacienda que debe administrar y que le cae "como un elefante desde un quinto piso". Pero descubre el encanto de la finca, y tras una primera intención de venderla, se queda a vivir en ella.

Y forjado ya su temple en la inmovilidad, incapaz de administrar la hacienda y su propia vida, durante su estancia allí opta por enfrascarse en mil preocupaciones inútiles. Con todo el tiempo del mundo para entretenerse en no más que pasear por sus propiedades, esta autonomía termina por agobiarlo. Se da cuenta que está envejeciendo sin hallar todavía un sentido a su vida, y se inventa algunas ocupaciones que puedan darle alguna pista: escalar los cerros cercanos a la hacienda, descifrar el mensaje oculto que cree entrever en el ordenamiento de los macizos de rosas de su jardín. Pero todo afán es infructuoso, y continúa instalado en la misma inopia, abandonado a "ese simulacro de la felicidad que es la rutina".

De nuevo aquí, como con Fabiola, era la fascinación pero también la misma inquietud por el destino del personaje. Me quedaba muy en claro que era un ser entrañable Silvio, pero ¿por qué no había para él más resquicios de ilusión? Era obvio que ambos (Silvio, Fabiola) no eran unos *triunfadores*. Pero ¿acaso era justo llamarlos, en contraposición, *perdedores*? Además esa palabreja no dejaba de provocar en mi mente ciertas evocaciones de películas o teleseries gringas, donde los adolescentes bonitos y populares acosan implacables a los más desgarbados, indefensos y feos de su escuela.

Aunque ciertamente, algo podría haber de cierto, porque, por ejemplo, Fabiola no era de ninguna manera un ejemplar de belleza física ("era pequeñita, casi una enana, pero con una cara enorme, un poco caballuna, cutis marcado por el acné y un bozo muy pronunciado. La cara estaba plantada en un cuerpo informe, tetón pero sin poto ni cintura, que sostenían dos piernas flaquísimas y

velludas. A esto se añadía una falta absoluta de gracia, de sexy como diríamos ahora, y una serie de gestos y modales pasados de moda o ridículos”).

De pronto un rayo de entendimiento llegó a mí: no eran *perdedores*, sino simplemente gente *simple*. Claro está, dicho *simple* no en su connotación negativa, sino en su oposición a lo complicado, a lo arduo, a lo farragoso. Personajes que desde sus humildes perspectivas nos aportaban un punto de vista diferente sobre la vida, alejados en absoluto de cualquier afán de correr o atesorar cualquier cosa: dinero, propiedades, conocimientos. Que se sientan plácidamente a estar en la vida, sin permitir que ésta los sobrepase con su ventolera de complicaciones.

De esta manera, como en aquella fábula de los dos hombres que se comen una manzana (uno la devora de manera apresurada, para separar las semillas y correr a sembrar un árbol que le produzca muchos y multiplicados frutos; el otro la come con morosidad, degustando la pulpa dulce y jugosa; el uno, entonces, siembra un árbol que le rinde más manzanas, de las cuales obtiene más semillas para más árboles, que le producen a su vez, etc., hasta que se vuelve un mercader del mundo entero; un día, agobiado por las presiones y ansiedades de sus negocios, regresa al punto de partida, para ver con envidia que el otro está degustando con infinita tranquilidad y parsimonia una jugosa manzana), así Fabiola y Silvio nos enseñan a quienes atestiguamos sus historias a través de la pluma de su autor, que en todo caso el *triumfo* es más un asunto personalísimo e íntimo, absolutamente individual.

Estos dos cuentos bastaron para que eligiera a Julio Ramón Ribeyro como mi maestro. En mi incipiente e idealista instinto de narrador no había duda. No necesitaba más. Sin embargo, debieron pasar diez años aproximadamente para que continuara y tomara carta de naturalización mi fascinación por la obra ribeyriana.

En 1994 la editorial Alfaguara publicó los *Cuentos completos*, que reunía, por supuesto, todos sus cuentos escritos hasta el

momento. La lectura del volumen fue vertiginosa. Nuevos seres se unieron entonces a la familia entrañable que habían iniciado Fabiola y Silvio. Ahora aparecieron ante mis ojos, por ejemplo, Matías de “El profesor suplente”; la muchacha sencilla que salva a una mujer de ahogarse en “Una medalla para Virginia”; el intrigante relato del amigo que espera en su habitación la llegada de un amigo muerto años atrás en “Demetrio”; el formal y pequeñito militar que se suicida por amor en “El sargento Canchuca”, y también la penosa historia del director de orquesta Hans Marius Berenson en “La música, el maestro Berenson y un servidor”.

Ya no había duda: Ribeyro era un hombre a quien le interesaba buscar en los escondrijos de la naturaleza humana, para mostrarnos no la parte eficaz y bonita de la vida, sino esos momentos (con frecuencia aparentemente insignificantes) en que la fortuna nos da la espalda y nos vuelve vulnerables, débiles, gastados. Porque estas historias recién descubiertas eran, algunas, tal vez más desesperanzadoras.

No se trataba de una lectura *edificante* que hiciera sentir contento al lector, más bien pareciera que su autor se empeñara en llevarnos a un estado cercano a la depresión. Pero, sí, pensándolo bien, ¿acaso no es más interesante hurgar en ese aspecto sombrío para redescubrirnos a nosotros mismos en esas historias desencantadas? ¿Sería mejor que nos hubiera ofrecido anécdotas lindas con finales felices? Seguramente no. Igual que Franz Kafka nos hace sentir cada vez como insectos al terminar *La metamorfosis*, sin duda Ribeyro nos hace compartir y empatar con los destinos de estos personajes entrañables. De esta manera sentimos nuestra la imposibilidad de Matías, el profesor suplente, de entrar a la escuela donde deberá dar su primera clase. Primero se lo impide el adelanto de varios minutos, y como no es nada elegante llegar antes de hora, da un paseo por los alrededores de la escuela. Se ha preparado tanto, y es tan grande su preocupación de impartir una clase excelente, que al ir haciendo un repaso mental de su contenido se le empiezan a confundir los acontecimientos, los nombres, las fechas. Finalmente, aceptando

ya su derrota, responde enérgico al portero de la escuela que le pregunta si es el maestro que esperan, que él es simplemente un cobrador, para terminar llorando y vencido en brazos de su esposa.

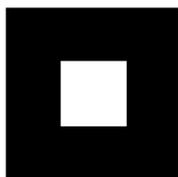
Y qué mejor manera de recordarnos que a veces el destino se empecina en regatear, ya no digamos la felicidad sino un modesto bienestar apenas, a través de la historia del maestro Hans Marius Berenson: un joven y prometedor director de orquesta austriaco cuya retahíla de infortunios comienza con su salida urgente del país a causa de la Segunda Guerra Mundial. Llega a Perú a dirigir la Sinfónica Nacional. Dos adolescentes melómanos se vuelven sus admiradores y tras varios intentos logran conocerlo personalmente. Pero una caricia furtiva robada a uno de ellos en un taxi, termina por tornar la admiración en aversión. Muchos años después uno de los chicos, ya convertido en adulto, sabe de una próxima presentación del maestro y se apresta a reencontrarse con la figura idolatrada tiempo atrás. El desenlace del cuento es una escena sobrecogedora que de nuevo nos enfrenta al lastimoso patetismo de los seres caídos en desgracia, con una inusual "dirección" sin orquesta: "estaba ante un pelele que mimaba sus antiguas glorias por ganarse unos tragos, un poco de calor, y algo de simpatía". ¿Qué fue lo que perdió a Hans Marius Berenson su gusto por los muchachitos? ¿El regreso repentino de su esposa a Europa? ¿El oscuro escándalo en que se vio envuelto y puso en tela de juicio su capacidad? O acaso uno de estos hechos desencadenó el siguiente, y éste al otro, etc...

Julio Ramón Ribeyro es sin duda uno de los grandes cronistas latinoamericanos de la vida desencantada (¿agregaría algo más decir que también publicó su diario personal, que abarca las décadas de los cincuenta a los setenta, que contiene alrededor de 700 páginas, y lleva el título absolutamente ribeyriano de *La tentación del fracaso*?). Pero por fortuna no nos deja caer por completo en el pozo oscuro, nos deja un resquicio iluminador, y al final de algunos de sus cuentos nos arranca una sonrisa, acaso enternecida porque no dejó abandonados a sus (nuestros) per-

sonajes. Por ejemplo, con el ánimo renovado de Fabiola, que a pesar de su ingrata situación está feliz porque reencuentra a su antiguo alumno que se ha convertido en escritor. O el momento de íntimo regocijo cuando Silvio toma el violín, alejado del bullicio de la fiesta y de vecinos y parientes ambiciosos, y solo en el minarete de su hacienda comienza a tocar como nunca antes lo había hecho. El arco del violín tañe las cuerdas para él mismo, y para nadie.







El profesor suplente

Julio Ramón Ribeyro

Hacia el atardecer, cuando Matías y su mujer sorbían un triste té y se quejaban de la miseria de la clase media, de la necesidad de tener que andar siempre con la camisa limpia, del precio de los transportes, de los aumentos de ley, en fin, de lo que hablan a la hora del crepúsculo los matrimonios pobres, se escucharon en la puerta unos golpes estrepitosos y cuando la abrieron irrumpió el doctor Valencia, bastón en mano, sofocado por el cuello duro.

—¡Mi querido Matías! ¡Vengo a darte una gran noticia! De ahora en adelante serás profesor. No me digas que no... ¡espera! Como tengo que ausentarme unos meses del país, he decidido dejarte mis clases de historia en el colegio. No se trata de un gran puesto y los emolumentos no son grandiosos pero es una magnífica ocasión para iniciarte en la enseñanza. Con el tiempo podrás conseguir otras de clases, se te abrirán las puertas de otros colegios, quién sabe si podrás llegar a la Universidad... eso depende de ti. Yo siempre te he tenido una gran confianza. Es injusto que un hombre de tu calidad, un hombre ilustrado, que ha cursado estudios superiores, tenga que ganarse la vida como cobrador... No señor, eso no está bien, soy el primero en reconocerlo. Tu puesto está en el magisterio... No lo pienses dos veces. En el acto llamo al director para decirle que ya he encontrado un reemplazo. No hay tiempo que perder, un taxi me espera en la puerta... ¡Y abrázame, Matías, dime que soy tu amigo!

Antes de que Matías tuviera tiempo de emitir su opinión, el doctor Valencia había llamado al colegio, había hablado con el director, había abrazado por cuarta vez a su amigo y había partido como un celaje, sin quitarse siquiera el sombrero.

Durante unos minutos, Matías quedó pensativo, acariciando esa bella calva que hacía la delicia de los niños y el terror de las

amas de casa. Con un gesto enérgico, impidió que su mujer intercalara un comentario y, silenciosamente, se acercó al aparador, se sirvió del oporto reservado a las visitas y lo paladeó sin prisa, luego de haberlo observado contra la luz de la farola.

—Todo esto no me sorprende —dijo al fin—. Un hombre de mi calidad no podía quedar sepultado en el olvido.

Después de la cena se encerró en el comedor, se hizo llevar una cafetera, desempolvó sus viejos textos de estudio y ordenó a su mujer que nadie lo interrumpiera, ni siquiera Baltasar y Luciano, sus colegas de trabajo, con quienes acostumbra reunirse por las noches para jugar a las cartas y hacer chistes procaces contra sus patrones de la oficina.

A las diez de la mañana, Matías abandonaba su departamento, la lección inaugural bien aprendida, rechazando con un poco de impaciencia la solicitud de su mujer, quien lo perseguía por el corredor de la quinta, quitándole las últimas pelusillas de su terno de ceremonia.

—No te olvides de poner la tarjeta en la puerta —recomendó Matías antes de partir—. Que se lea bien: *Matías Palomino, profesor de historia*.

En el camino se entretuvo repasando mentalmente los párrafos de su lección. Durante la noche anterior no había podido evitar un temblorcito de gozo cuando, para designar a Luis XVI, había descubierto el epíteto de Hidra. El epíteto pertenecía al siglo XI y había caído un poco en desuso pero Matías, por su porte y sus lecturas, seguía perteneciendo al siglo XIX y su inteligencia, por donde se la mirara, era una inteligencia en desuso. Desde hacía doce años, cuando por dos veces consecutivas fue aplazado en el examen de bachillerato, no había vuelto a hojear un solo libro de estudios ni a someter una sola cogitación al apetito un poco lánguido de su espíritu. Él siempre achacó sus fracasos académicos a la malevolencia del jurado y a esa especie de amnesia repentina que lo asaltaba sin remisión cada vez que tenía que poner en evidencia sus conocimientos. Pero si no había podido optar al título de abogado, había elegido la prosa y el corbatín del notario: si no por ciencia,

al menos por apariencia, quedaba siempre dentro de los límites de la profesión.

Cuando llegó ante la fachada del colegio, se sobreparó en seco y quedó un poco perplejo. El gran reloj del frontis le indicó que llevaba un adelanto de diez minutos. Ser demasiado puntual le pareció poco elegante y resolvió que bien valía la pena caminar hasta la esquina. Al cruzar delante de la verja escolar, divisó un portero de semblante hosco, que vigilaba la calzada, las manos cruzadas a la espalda.

En la esquina del parque se detuvo, sacó un pañuelo y se enjugó la frente. Hacía un poco de calor. Un pino y una palmera, confundiendo sus sombras, le recordaron un verso, cuyo autor trató en vano de identificar. Se disponía a regresar —el reloj del Municipio acababa de dar las once— cuando detrás de la vidriera de una tienda de discos distinguió a un hombre pálido que lo espiaba. Con sorpresa constató que ese hombre no era otra cosa que su propio reflejo. Observándose con disimulo, hizo un guiño, como para disipar esa expresión un poco lóbrega que la mala noche de estudio y de café había grabado en sus facciones. Pero la expresión, lejos de desaparecer, desplegó nuevos signos y Matías comprobó que su calva convalecía tristemente entre los mechones de las sienas y que su bigote caía sobre sus labios con un gesto de absoluto vencimiento.

Un poco mortificado por la observación, se retiró con ímpetu de la vidriera. Una sofocación de mañana estival hizo que aflojara su corbatín raso. Pero cuando llegó ante la fachada del colegio, sin que en apariencia nada la provocara, una duda tremenda lo asaltó: en ese momento no podía precisar si la Hidra era un animal marino, un monstruo mitológico o una invención de ese doctor Valencia, quien empleaba figuras semejantes para demoler a sus enemigos del Parlamento. Confundido, abrió su maletín para revisar sus apuntes, cuando se percató que el portero no le quitaba el ojo de encima. Esta mirada, viniendo de hombre uniformado, despertó en su conciencia de pequeño contribuyente tenebrosas asociaciones y, sin poder evitarlo, prosiguió su marcha hasta la esquina opuesta.

Allí se detuvo resollando. Ya el problema de la Hidra no le interesaba: esta duda había arrastrado otras muchísimo más urgentes. Ahora en su cabeza todo se confundía. Hacía de Colbert un ministro inglés, la joroba de Marat la colocaba sobre los hombros de Robespierre y por un artificio de su imaginación, los finos alejandrinos de Chenier iban a parar a los labios del verdugo Sansón. Aterrado por tal deslizamiento de ideas, giró los ojos locamente en busca de una pulpería. Una sed impostergable lo abrasaba.

Durante un cuarto de hora recorrió inútilmente las calles adyacentes. En ese barrio residencial sólo se encontraban salones de peinado. Luego de infinitas vueltas, se dio de bruces con la tienda de discos y su imagen volvió a surgir del fondo de la vidriera. Esta vez Matías la examinó: alrededor de los ojos habían aparecido dos anillos negros que describían sutilmente un círculo que no podía ser otro que el círculo del terror.

Desconcertado, se volvió y quedó contemplando el panorama del parque. El corazón le cabeceaba como un pájaro enjaulado. A pesar de que las agujas del reloj continuaban girando, Matías se mantuvo rígido, testarudamente ocupado en cosas insignificantes, como en contar las ramas de un árbol, y luego en descifrar las letras de un aviso comercial perdido en el follaje.

Un campanazo parroquial lo hizo volver en sí. Matías se dio cuenta de que aún estaba en la hora. Echando mano a todas sus virtudes, incluso a aquellas virtudes equívocas como la terquedad, logró componer algo que podría ser una convicción y, ofuscado por tanto tiempo perdido, se lanzó al colegio. Con el movimiento aumentó su coraje. Al divisar la verja asumió el aire profundo y atareado de un hombre de negocios. Se disponía a cruzarla cuando, al levantar la vista, distinguió al lado del portero a un cónclave de hombres canosos y ensotados que lo espían, inquietos. Esta inesperada composición —que le recordó a los jurados de su infancia— fue suficiente para desatar una profusión de reflejos en defensa y, viéndolo con rapidez, se escapó hacia la avenida.

A los veinte pasos se dio cuenta que alguien lo seguía. Una voz sonaba a sus espaldas. Era el portero.

—Por favor —decía—. ¿No es usted el señor Palomino, el nuevo profesor de historia? Los hermanos lo están esperando.

Matías se volvió, rojo de ira.

—¡Yo soy cobrador! —contestó brutalmente, como si hubiera sido víctima de alguna vergonzosa confusión.

El portero le pidió excusas y se retiró. Matías prosiguió su camino, llegó a la avenida, torció hacia el parque, anduvo sin rumbo entre la gente que iba de compras, se resbaló en un sardinel, estuvo a punto de derribar a un ciego y cayó finalmente en una banca, abochornado, entorpecido, como si tuviera un queso por cerebro.

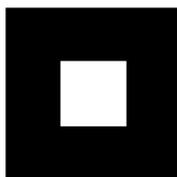
Cuando los niños que salían del colegio comenzaron a retozar a su alrededor, despertó de su letargo. Confundido aún, bajo la impresión de haber sido objeto de una humillante estafa, se incorporó y tomó el camino de su casa. Inconscientemente eligió una ruta llena de meandros. Se distraía. La realidad se escapaba por todas las fisuras de su imaginación. Pensaba que algún día sería millonario por un golpe de azar. Solamente cuando llegó a la quinta y vio que su mujer lo esperaba en la puerta del departamento, con el delantal amarrado a la cintura, tomó conciencia de su enorme frustración. No obstante se repuso, tentó un sonrisa y se apresó a recibir a su mujer, que ya corría por el pasillo con los brazos abiertos.

—¿Qué tal te ha ido? ¿Dictaste tu clase? ¿Qué han dicho los alumnos?

—¡Magnífico!... ¡Todo ha sido magnífico! —balbuceó Matías. ¡Me aplaudieron! —pero al sentir los brazos de su mujer que lo enlazaban del cuello y al ver en sus ojos, por primera vez, una llama de invencible orgullo, inclinó con violencia la cabeza y se echó desoladamente a llorar.

(Amberes, 1957)





El sargento Canchuca

Julio Ramón Ribeyro

Desde muy niños papá nos había obligado a tomar cucharadas de emulsión Scout y de aceite de hígado de bacalao, dos celebrados y nauseabundos tónicos de la época. Pero cuando entramos a la adolescencia decidió reemplazar esos remedios bucales por fortificantes más eficaces. De allí le vino la idea que todos debíamos recibir regularmente inyecciones intravenosas de calcio. Todos éramos en este caso los cuatro hermanos y mamá, pues papá se excluía de este proyecto por considerar que su edad había ya pasado. Siempre se quejó que de niño había estado mal atendido y sobre todo mal medicinado, de allí que sufriera todas las enfermedades del mundo y llegara a los cuarenta años convertido en un hombre enclenque y achacoso.

—Lo que no da la herencia lo da el bolsillo —repetía a menudo pensando que podía pagar con remedios la fortaleza que su sangre no nos pudo transmitir.

Pero pronto se dio cuenta que su bolsillo le iba a resultar flaco si quería llevar adelante su plan de salud familiar. Hacer venir todos los días una enfermera a casa —y al barrio tan apartado donde vivíamos!— le iba a costar un ojo de la cara o, en otros términos, la mitad de su sueldo. La única solución era encontrar alguien que hiciera el mismo trabajo pero cobrando menos, un cachuelero o, como se diría ahora, un informal.

Por suerte ese cachuelero existía. Fue tío Milo quien nos habló de él una noche que vino a cenar a casa y escuchó quejarse a papá de las dificultades que encontraba para la ejecución de su proyecto. Tío Milo, que era teniente del ejército, nos reveló que en la enfermería de la Escuela Militar de Chorrillos había un sargento que tenía manos de seda y ponía inyecciones con la delicadeza de una bor-

dadora. A tal punto era apreciado que sus superiores le permitían salir en las tardes del cuartel para atender a su clientela privada. Papá no dejó pasar la ocasión y se inscribió de inmediato entre su clientela privada, sobre todo al enterarse que cobraba precios bobos por un trabajo impecable. Fue así como días más tarde el sargento Canchuca hizo su aparición en nuestra casa.

Nunca olvidaremos ese día. Se nos había anunciado su llegada a las seis de la tarde y desde mucho antes andábamos inquietos por la casa, saliendo de vez en cuando al jardín para ver si no asomaba su cabeza tras el muro que daba a la calle. No vimos nada, pero a las seis en punto, ni un segundo más ni uno menos, sonó el timbre. Y con razón no habíamos visto nada, pues cuando nuestra señora criada Zoila abrió el portón distinguimos un soldado, pequeñísimo, en uniforme de grueso paño verde, cuya testa con gorra no pasaba la altura del cerco. El soldadito tenía en la mano un maletín de cuero gastado y sus pantorrillas estaban envueltas en bandas de lana muy ajustadas. Al cruzar el portón se quitó la gorra y avanzó por el jardín a paso marcial hasta la entrada del living. Allí se cuadró delante de mamá, hizo una venia y enderezándose dijo con voz firme:

—¡Sargento Canchuca, a sus órdenes!

Esta primera sesión de inyecciones se realizó en el comedor y fue extremadamente ceremoniosa. Todos —menos papá, que llegaba de su oficina en la noche— estábamos de pie en torno a la mesa, mirando al sargento Canchuca que abría su maletín de cuero y extraía un minúsculo pero completo equipo de enfermería: gasa, esparadrapo, algodón, tijeritas, ampolleta hipodérmica, alcohol, tripa de jebe y hornillo con su recipiente para hervir agua. Terminados estos preparativos, en medio del silencio general, absorbió con su jeringa el contenido de una ampolleta de calcio, la miró al trasluz, expulsó el aire contenido y preguntó por quién debía comenzar.

Nos miramos la cara para saber quién iba primero al matadero (estábamos aterrorizados, pues nunca nos habían puesto inyecciones en la vena), hasta que mamá adelantó resueltamente su brazo. El sargento Canchuca la hizo sentar en una silla, le anudó la tripa de jebe encima del codo, le pidió que cerrara el puño con fuerza,

le pasó un algodón con alcohol por la gruesa vena que se le infló en el antebrazo, acercó cuidadosamente la punta de la aguja y la hundió con una levísima vibración de sus dedos (dedos, que como entonces notamos, eran muy delgados, pulidos, oscuros y que desentonaban con el resto de su figura tosca y maciza). Al sentir el pinchón mamá lanzó un pequeño ay, más de nervios que de dolor, pero ya el sargento Canchuca le pedía que abriera el puño, desanudó el elástico y le advirtió que iba a sentir un calor en las mejillas. En un momento dado puso un algodón con alcohol sobre la aguja y con un rapidísimo aleteo de sus dedos la extrajo y le pidió a mamá que doblara el brazo y lo mantuviera así unos instantes. En la pequeña hornilla donde ya hervía el agua desinfectó la hipodérmica y nos interrogó con la mirada sobre quién iba a ser el próximo paciente. Mi hermano y yo, en nuestra calidad de varones, pasamos primero y dejamos el turno final a nuestras hermanas. Quince minutos más tarde todos habíamos sido pinchados con pericia. Canchuca había guardado en su maletín su variado instrumental y había partido después de hacernos una venia y calarse la gorra para atravesar marcialmente el jardín guiado por Zoila.

A partir de entonces, al comenzar el invierno, el sargento Canchuca vino a casa todos los días, salvo los fines de semana. Lo hacía infaliblemente a las seis en punto de la tarde, cuando las cuculíes empezaban a cantar en los ficus y eucaliptos del barrio y se ponía el sol en los malecones de Miraflores. Que fuera tan puntual era sorprendente, pues sus pacientes estaban dispersos por toda la ciudad y para atenderlos tenía que movilizarse en ómnibus y tranvías escasos, lentos e irregulares. Pero a las seis en punto, ni un segundo más ni uno menos, sonaba el timbre y ya lo teníamos en el living abriendo su viejo maletín y ejecutando los gestos de su oficio con tanta pericia y perfección que, a pesar de repetirse todos los días, no dejaban menos de admirarnos.

Pronto en el barrio su figurita se hizo familiar y los vecinos, intrigados al comienzo y enterados luego de la índole de sus servicios, de lo acabado de su técnica y de lo bajo de sus horarios, asediaron a mamá para que les enviara este prodigio. La mayoría estaba

sana y no tenía necesidad de inyecciones pero ya que había esta ganga a la mano había que aprovecharla, así tuviesen que pincharse vena, muslo o nalga. Canchuca tenía demasiado trabajo para atender nuevos clientes y a ruego de mamá convino en aceptar, “sólo uno más”, lo que exacerbó la lucha por su captura. Al final sólo quedaron en liza doña Chabela, nuestra más cercana vecina, que invocó una real crisis reumática y tía Marisa, que vivía más lejos y no sufría de nada, pero que de puro porfiada y novelera no quiso abandonar la partida. Tía Marisa terminó por imponerse, no por razones de parentesco sino de procedimiento, pues durante días no dejó de llamar por teléfono mañana, tarde y noche para repetirle a mamá: “Canchuca para mí, Canchuca para mí.”

Tía Marisa tuvo su Canchuca y doña Chabela su decepción, ¿pero nosotros? Nosotros, ay, nosotros en verdad, a los dos meses de su aparición, no aguantábamos más al sargento. Su venida al atardecer nos impedía ir a la vermouth, retardaba algún paseo por el malecón o interrumpía nuestro partido de fútbol callejero. A fuerza de observarlo, además, se nos antojó que bajo sus modales respetuosos y ceremoniosos se ocultaba un hombrecillo desdeñoso y presumido. Mis hermanas fueron en este aspecto implacables. Lo acusaban de mirarse en el espejo de la chimenea cada vez que entraba al living o de mostrar una exagerada concentración mental antes de su primer pinchazo, como un pianista inspirado que va a atacar un concierto.

De allí pasaron a lo físico:

—¿Has visto sus deditos? —decía mi hermana Meche—. ¡Parecen deditos de macaco!

—¡Y sus pantorrillas! —añadía mi hermana Josefina—. Todas gorditas, envueltas en esas bandas verdes, como un par de tamales de chancho.

—¡Y ese lunar que tiene en el cachete! ¡Qué asco! Un lunar negro y peludo como una araña... Parece que va a comenzar a caminar...

—¡Ay, no seas idiota! La próxima vez que venga se lo voy a aplastar con un matamoscas...

La única que salía en su defensa era mamá. Acusaba a mis hermanas de necias, malas y criticonas y alababa la corrección del sargento Canchuca que nunca tenía palabras ni gestos fuera de lugar.

—Y si se fijan bien, hasta tiene bonitos ojos. Grandes y bien negros. Si no fuera tan retaco, tan prieto y tan motoso, sería un cholo bien plantado.

Eso de “cholo bien plantado” dio alas a nuestra imaginación y mi hermana Meche le inventó una dudosa aventura con nuestra criada Zoila, para desacreditarlo y empañar su buena reputación. Zoila era muy fea, como lo son (dejándose de patriotismo) los mochicas: ojos saltones, nariz ganchuda, cuello corto, ancha cintura y nalgas nulas, con el agravante de que, por una rara derogación genética, era altísima y corpulenta, lo que hacía doblemente visible su fealdad. Mi hermana Meche dijo que una tarde, al terminar la sesión de inyecciones y cuando se suponía que el sargento Canchuca se había ido, sintió unos ruiditos extraños en la cocina que estaba a oscuras y cuando entró y encendió la luz vio a Zoila sentada en una silla al lado del lavadero y al sargento Canchuca que, con gorra y todo, había logrado treparse sobre el mujerón y sentado en sus faldas la besaba con aplicación, emitiendo pequeños pujidos, sin que Zoila manifestara el menor signo de sorpresa, de reprobación o de placer.

Esta historia, por improbable que fuese, nos hizo reír y nos incitó, ya que no podíamos deshacernos de Canchuca, a valernos de él para tontas bromas familiares que amenizaran nuestras veladas caseras. Mi hermana Josefina vino con el cuento que Canchuca echaba la baba por tía Marisa y había sugerido ponerle inyecciones no en la vena sino en la nalga, pero que tío George se había opuesto diciendo: “¡Ese cholo no le va a ver el poto a mi mujer!” Surgió también el rumor extravagante que Canchuca, convertido ya en un verdadero sátiro, había visitado clandestinamente a doña Chabela para ofrecerle sus servicios a cambio de “un ósculo en la nuca”. Eso de “ósculo” no sé quién lo inventó, pero quedó entendido en adelante que Canchuca no daba besos sino “ósculos” y que como su bocaza, según mi hermana Meche, era una verdadera *aspiradora*, las víctimas del ósculo corrían el riesgo de desaparecer en las entrañas del sargento.

La culminación de estas fabulaciones no se hizo esperar: mi hermano y yo decidimos que de quien estaba templado Canchuca y a quien iban sus ilusiones y sus suspiros era nuestra hermana Meche. Tratamos de acreditar el asunto con algunas alusiones, pero como no tuvieron éxito fraguamos una carta que despachamos por correo:

Señorita Mercedes:

Con el mayor respeto quisiera expresarle mi admiración por las prendas con que la ha adornado la madre naturaleza. Al verla bulle en mi corazón una dulce sensación de alegría y cuando estoy solo en casa mi alma se inunda de tristeza. ¿Aceptaría la amistad de un hombre humilde pero honrado?

Un admirador.

P.S. Deposito un ósculo a sus pies.

Mi hermana empezó a leer la carta con sorpresa, curiosidad e incluso inquietud, pero cuando llegó a la posdata descubrió la pataña. No le quedó más remedio que seguir el juego: arrojó el papel al suelo y se revolcó en el sofá pateando y dando gritos de indignación:

—¡Qué rabia! ¡Qué tal cuajo el de este retaco! ¡Voy a hacer una bola con su carta y se la voy a meter por la *aspiradora*!

Naturalmente que no hizo nada, ni nosotros lo esperábamos. Se trataba ya de un divertimento entre nosotros y nadie más, de una representación estrictamente familiar, que continuó aún, pues seguimos enviándole cartas a mi hermana, cartas cada vez más ardientes y huachafas o llamándola por teléfono para cantarle boleros aún más huachafos, con exagerada voz de sargento serrano y sentimental. Al final este juego dejó de hacernos gracia. Terminaba ya el invierno, además, y con él la campaña de inyecciones prevista por papá.

Faltando solamente tres días para la última sesión, un jueves exactamente, ocurrió algo imprevisible: dieron las seis y Canchuca no apareció. Tanto nos sorprendió este hecho que continuamos reunidos en el living hasta la puesta del sol, atentos al menor ru-

mor de pasos en la calle. Pero era evidente que, por primera vez, nos había dejado plantados. ¿Se trataría de una represalia de su parte por las historias insensatas de las cuales lo habíamos hecho protagonista? Tal vez había escuchado algo o sorprendido las miraditas o risitas disimuladas que cambiábamos mientras cumplía concienzudamente su tarea de enfermero. Pero eso no podíamos saberlo. Mamá más bien dijo que en los últimos días lo había notado alicaído y tristón, como si algún problema lo preocupara. Al día siguiente tampoco vino, pero como era viernes decidimos esperar hasta el lunes para hacer las averiguaciones del caso.

Como el lunes tampoco apareció, mamá llamó por teléfono a su hermano Milo para saber qué pasaba. Después de todo era Milo quien nos lo había traído del cuartel militar de Chorrillos. Pero Milo, según nos dijo su esposa, hacía una semana que había viajado a Cajamarca en misión y no volvía hasta dentro de unos días.

—Apenas llegue le diré que averigüe —nos prometió.

Pasaron diez o quince días. Estábamos ya en plena primavera. En los colegios se eligieron a las reinas de la estación florida. El club Terrazas anunciaba su primera fiesta y los muchachos reanudamos nuestros paseos por los malecones y el parque Salazar detrás de los lomitos del balneario. De Canchuca nos habíamos casi olvidado. Hasta que una noche apareció tío Milo en casa con su impecable uniforme de teniente. Había llegado esa misma mañana de Cajamarca y se había enterado de la mala nueva: la muerte de Canchuca.

En pocas palabras nos explicó lo sucedido: se había suicidado sobre su cama, en la cuadra del cuartel donde dormía la tropa. Se había disparado un tiro de fusil en la boca. Como la distancia entre el caño del mosquetón y el gatillo era más larga que su brazo, había apretado el gatillo con el dedo gordo de su pie descalzo. El cráneo le había estallado y sus sesos quedaron estampados en la pared.

La descripción nos dejó helados.

—¿Se sabe por qué se mató? —preguntó mamá, que era la más afligida.

—Bueno, sí. Dejó una carta a su mamá, pidiéndole disculpas por darse la muerte. ¿Saben? Su mamá era su único familiar. Vivía

con ella. Una vez fui a su casa, un ranchito en La Victoria minúsculo pero muy bien tenido, todo lo que ganaba lo metía en la casa, tenía a su mamá como una reina... Pero en fin, eso es otro asunto. Lo cierto es que se suicidó por cuestiones sentimentales. En el catre de la cuadra encontraron otra carta, una nota más bien que explica su gesto. Aquí tengo una copia.

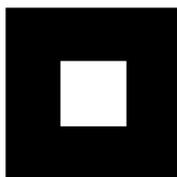
Sacando un papel de su bolsillo lo leyó:

—Para la ingrata: Me mato porque me desprecias.

—¿Y quién era la ingrata? —preguntó mamá, encuadrada por mis hermanas Meche y Josefina, que parecían muy impresionadas. Detrás, en el umbral del living, Zoila asomaba su ejemplar rostro mochica, esta vez ligeramente intranquilo.

—¿Cómo se puede saber? —preguntó a su vez tío Milo—. Cuando uno de estos tipos se mata se lleva su secreto a la tumba.





Dichos de Luder

Julio Ramón Ribeyro

2

—Nada me impresiona más que los hombres que lloran —dice Luder—. Nuestra cobardía nos ha hecho considerar el llanto como cosa de mujercitas. Cuando sólo lloran los valientes: por ejemplo, los héroes de Homero.

11

Nunca he sido insultado, ni perseguido, ni agredido, ni encarcelado, ni desterrado —dice Luder—, debo en consecuencia ser un miserable.

18

— ¿A qué te dedicas ahora? —le preguntan a Luder. —Estoy inventando una nueva lengua. —¿Puedes darnos algunos ejemplos? —Sí: dolor, soñar, libre, amistad... —¡Pero esas palabras ya existen! —Claro, pero ustedes ignoran su significado.

19

Le hacen notar a Luder que nunca ha manifestado celo ni envidia por el triunfo de sus colegas. —Es verdad. Eso les puede dar una idea de la magnitud de mi soberbia.

24

Se tropiezan con Luder que camina velozmente por los malecones del Sena. —¿Adónde vas? —A la plaza de la concordia. A mediodía cortan la cabeza de Luis XVI.— ¡Pero eso ocurrió hace dos siglos! —¡Ah caramba! —dice Luder mirando su reloj—. Veo que llevaba un ligero retraso.

31

—Soy como un jugador de tercera división —se queja Luder—. Mis mejores goles los metí en una cancha polvorienta de los suburbios, ante cuatro hinchas borrachos que no se acuerdan de nada.

35

—Esas casas en las cuales cada cosa está en su lugar me ponen la carne de gallina —dice Luder—. Se diría que están deshabitadas o que sus habitantes pasan superficialmente sobre todo. Cierta desorden es necesario para sentir la cálida palpación de la vida.

50

Le muestran un artículo en el que se habla de todos los escritores de su generación menos de él. —Me libré de la redada —dice Luder.

53

Luder regresa de su habitual paseo por el malecón. —Estoy confundido —dice—. Cuando me aprestaba a gozar de una nueva puesta de sol, un vagabundo salta la baranda, camina hasta el borde del acantilado, se baja los pantalones y se caga mirando mi crepúsculo. Eso demuestra la relatividad de nuestras concepciones estéticas.

54

—Toda mi obra es un acto de acusación contra la vida —dice Luder—. No he hecho nada por mejorar la condición humana. Si mis libros perduran será debido a la perversidad de mis lectores.

62

—¿No te preocupa escribir desde hace treinta años para haber alcanzado tan minúscula celebridad? —le preguntan a Luder. —Por supuesto. Me gustaría escribir treinta años más para llegar a ser completamente desconocido.

68

—Hoy he amanecido particularmente optimista —dice Luder—. Creo que voy a poder al fin dedicarme a la redacción de mi epitafio.

73

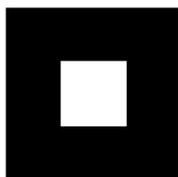
Le preguntan por qué se emborracha esporádicamente en tabernas mal afamadas. —Por precaución —dice Luder—. Sucede que a veces me despierto con la vaga satisfacción de estar llegando a ser una persona respetable.

87

Luder lanza una mirada lenta, circular y fatigada a los miles de libros que contienen los estantes de su biblioteca. —¡Cuánto ignoramos! —suspira.

92

—Es penoso irse del mundo sin haber adquirido una sola certeza —dice Luder. Todo mi esfuerzo se ha reducido a elaborar un inventario de enigmas.



La tentación del fracaso

Julio Ramón Ribeyro

PRIMER DIARIO LIMEÑO

3 de junio de 1950

¿Por qué estaré hoy tan decepcionado? Sin dinero, sin éxitos, sin amores, mis días van cayendo como las hojas secas de un árbol. Rodeado de oscuridad, de cenizas. Hoy me siento incapaz de todo. Una pereza moral irresistible. Sólo ansío viajar. Cambiar de panorama. Irme donde nadie me conozca. Aquí ya soy definitivamente como han querido que sea. Conforme me aleje irán cayendo mis vestiduras, mis etiquetas y quedará limpio, desnudo, para empezar a ser distinto, como yo quisiera ser. Pero, ¿adónde ir? Si llevo dentro de mí el germen de todo mi destino, ¿para qué hacer rodar por todos los paisajes, como un circo ambulante, el espectáculo de mi vida equivocada?

PRIMER DIARIO PARISINO

29 de enero de 1954

(...)

Todo diario íntimo nace de un profundo sentimiento de soledad. Soledad frente al amor, la religión, la política, la sociedad. La mayor parte de los diaristas fueron solteros. Los hombres casados, activos, sociables, que desempeñen funciones públicas, difícilmente podrán llevar un diario, ocupados como están en vivir por y para los demás.

Todo diario íntimo es un síntoma de debilidad de carácter, debilidad en la que nace y a la que a su vez fortifica. El diario se con-

vierte así en el derivativo de una serie de frustraciones, que por el solo hecho de ser registradas parecen adquirir un signo positivo.

En todo diario íntimo hay un problema capital planteado que jamás se resuelve y cuya no solución es precisamente lo que permite la existencia del diario. El resolverlo, trae consigo su liquidación. Un matrimonio logrado, una posición social conseguida, un proyecto que se realiza pueden suspender la ejecución del diario.

Todo diario íntimo se escribe desde la perspectiva temporal de la muerte. (Ahondar esta idea.)

SEGUNDO DIARIO LIMEÑO CON INTERLUDIO AYACUCHANO

2 de agosto de 1958

Los que no sienten a la mujer como una potencia extranjera, ingobernable y maléfica; los que no consideran a la sociedad como un círculo erizado de espadas; los que no ven en las cosas más simples —una piedra, un boleto de ómnibus, una mancha del pantalón— el signo de la adversidad, éstos, no sé cómo pueden vivir, pero son, sin duda, los triunfadores.

1974

26 de diciembre

Nuevamente establezco la analogía entre el juego y el acto de escribir y siempre partiendo de la observación de mi hijo. Ambas actividades son exploraciones de la propia personalidad y en este sentido viaje, diversión, sorpresa y descubrimiento. En las tantas horas que pasamos juntos en casa me doy cuenta de que el estado de ánimo que lo conduce a sus juguetes es similar al que me sienta frente a mi máquina: insatisfacción, aburrimiento, deseo de ceder la palabra al otro o los otros que hay en nosotros mismos, asumir nuestras personalidades ovulares o rechazadas y

darles momentáneamente vida, al fin de cuentas desdoblarnos o multiplicarnos en el espejo de nuestra fantasía. Efecto sedativo de ambas actividades: olvido de sí mismo, pérdida de la noción del tiempo y, a su término, retorno plácido y fatigado a nuestra realidad.

1975

9 de diciembre

Lo que me aterroriza es que mi diario, si alguna vez se llega a publicar (incluyendo en él las *Prosas apátridas* en el momento en que fueron escritas, si es posible fecharlas), pueda convertirse en un libro "formativo", en el sentido en que se encuentre en él algo de ejemplar o recomendable, cuando se trata por lo general de una serie de fragmentos "informativos", que no pretenden sino dar cuenta esporádicamente de mi vida activa o reflexiva. Yo temería que alguien se parezca a mí, pues no tengo nada que enseñar, salvo por oposición o negación. Yo soy literalmente un "hombre sin cualidades". En mi vida todo es resta o división, no hay el menor signo positivo. Carezco de voluntad (pues si la tuviera no habría fumado ni bebido durante años para librarme del mal que me mata), de ambición (pues habría aprovechado situaciones privilegiadas para sacar ventaja de ellas), de coraje (pues me habría ido a las guerrillas en 1964), de lealtad (pues debería haber renunciado públicamente a mi cargo cuando cayó Velasco), de previsión (pues debería poner orden en mi vida ahora que me estoy yendo de ella y dejo mujer e hijo). En suma, soy el mal ejemplo, lo que debe descartarse. Lo único que puede redimirme es quizás mi lucidez para juzgar mi situación, mi tenacidad en seguir escribiendo a pesar de obstáculos naturales y accidentales y esa especie de irradiación interior (salud moral, la llamo, a falta de otro término) que me permite pasar sobre mis adversidades cotidianas para seguir viviendo, basado en el principio de que siempre tenemos algo que hacer, por poco que hagamos.

1978*15 de abril*

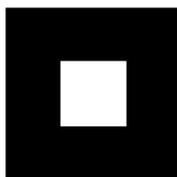
Ayer con el Embajador dejamos una corona de flores en la tumba de Vallejo. Esta tarde dejaré con mis amigos poetas palabras y poemas. ¿Qué sentido tienen estos homenajes? Probablemente ninguno. El propio Vallejo miraría estas ceremonias con sarcasmo. Honrar a los muertos forma parte de una vieja tradición. Tradición que en nuestra época ya no tiene sentido, pues se da fuera de su contexto cultural: religioso, mágico, mítico. Lo sigo pensando en quienes iremos, todos incrédulos, todos escépticos. Pero esto se presta a confusiones. Por un lado están los restos materiales, las reliquias y símbolos (la tumba, los huesos o polvo del homenajeado), por otro su memoria, el respeto o admiración por él mismo. Una y otra cosa nada tienen que ver. Yo sigo reverenciando a mi padre, pero soy incapaz de ir a visitar su tumba. Mi reverencia se da en un plano que no requiere de signos ostentatorios. Él está presente en mí en otras formas. En resumen, no dejar otra cosa que obras o memoria, para evitar peregrinaciones. Si alguien quiere honrarme cuando desaparezca que me lea o me comente. Nada de flores o discursos delante de lo que no existe.

30 de diciembre

Si mi unión con Alida fracasa algún día no será tanto por la oposición de nuestros caracteres como por la identidad de nuestros defectos. Su orden con mi desorden, su higiene con mi desaliño, su locuacidad con mi silencio, su sociabilidad con mi enclaustramiento, mal que bien han hecho buen *ménage* durante casi veinte años... Pero es nuestra común imprevisión y prodigalidad lo que nos pone en una situación en la que nuestra sociedad deja de ser viable. Ambos no tenemos la menor idea del ahorro, de la economía, de la intendencia de la casa y nos precipitamos inconsciente y casi desesperadamente hacia la ruina.

Nuestra táctica es la de la *fuite en avant*: mientras más deudas, más gastos. Es así que este año, en el que tanto ella como yo tuvimos entradas extras que nos hubieran permitido equilibrarnos, lo cerramos con un déficit monstruoso y para él cual no hay ningún Fondo Monetario Internacional que pueda refinanciar... Y como ambos somos ilusos —y por ello optimistas, a pesar de lo que se diga de mí— dejamos suceder las cosas con la esperanza de que mañana o el mes próximo realice ella el negocio o yo la obra que nos permitan salir a flote.





El vuelo del poeta

Julio Ramón Ribeyro

Tendido sobre la yerba, con la cabeza recostada en las faldas de Armandina, Abraham Valdelomar contempla con una resignación irónica el paisaje que lo rodea: acequias de regadío, sauces polvorientos, cerdos husmeando al pie de una tapia, peones devastando una charca para colocar las tuberías del agua potable de Lima. ¡Qué lejos está de las colinas romanas o de los prados ingleses con los que tanto ha soñado! A pesar de ello luce escarpines, pantalón blanco de seda, chaleco a cuadros y corbata de mariposa. Una corte de damiselas con parasol y de dandis en sarita lo circunda. Debe ser mediodía. Al fondo se distinguen las torres de la catedral y el campanario de Santo Domingo.

Esto no es fantasía, sino la descripción exacta de una vieja foto que conservo en álbumes de familia. Uno de esos paseos campesinos por las afueras de Lima, la huerta del Potao, en los que nuestro poeta se complacía, sólo por la necesidad de hablar y de brillar. Alguien menciona a un escritor de moda. Valdelomar sonrío:

—Hay escritores que tienen el alma como una carreta de mudanza. Siempre hay algo agotado, algo que se cae, algo que se rompe... y un negro soez encima de todo.

Si se examina la foto con más atención se nota tristeza en sus rasgos. Quizás porque es su último día en Lima: a la mañana siguiente tiene que viajar a Huamanga para asistir al Congreso Regional del Centro, al cual ha sido elegido diputado por Ica, su tierra natal. O quizás porque está aburrido, gente necia lo rodea, las aguas sucias de esas acequias se llevan lo mejor de sus paradojas. Un coleóptero zumba cerca de su cabeza:

—A la bella y elegante libélula la llaman en el Perú chupajeringa.

Al atardecer lo vemos caminando por el malecón de Chorrillos, siempre acompañado por sus dandis y damiselas. Algunos transeúntes se sobreparan para observarlo o le hacen un signo de saludo.

—¡Los burgueses! —masculla—. Los burgueses son como el bombo de la orquesta: solemnes, sonoros, definitivos y huecos.

Se oculta el sol. Valdelomar se ha apoyado en la baranda del paseo y observa pensativo el poniente:

—Se puede aprender más sobre el arte mirando los crepúsculos de Lima que en las clases de filosofía del doctor Deustua.

En una banca vacía toma asiento. Oscurece. El malecón se va poblando ahora de vecinos que se pasean para bajar la comida. Valdelomar estalla:

—¡Vámonos ya! Estos hombres gordos me ensucian el paisaje.

Aún no ha terminado su jornada. En la noche ocupa su mesa en el Palais Concert, rodeado ahora de artistas y escritores. Una orquesta de damas vienesas toca vals de Strauss. Ha tomado ya algunos *pernods*.

—¡El Perú es Lima! —exclama— ¡Lima el Jirón de la Unión, el Jirón de la Unión el Palais Concert y el Palais Concert Abraham Valdelomar!

A ese lugar de moda, en pleno centro de Lima, llegan también ricachones para codearse con los bohemios o tirarse un lance con las vienesas. Valdelomar los mira con sorna:

—En Lima sólo hay dos tipos de hombres: los que siembran algodón y los que escriben majaderías.

En uno de los espejos con marco dorado se observa, mientras acaricia su cutis trigueño y su pelo crespo:

—A lo mejor... —suspira— a lo mejor yo que me tomo por un poeta griego o por un *gentleman* británico no soy más que un zambo huachafo.

A medida que transcurre la noche se le nota menos locuaz. César Vallejo, Luis Alberto Sánchez, Abril de Vivero, tratan de animarlo. Pero Abraham no hace más que contemplar sus manos:

—¡Estas manos! —repite besando sus dedos enjorjados—. ¡Estas manos que han escrito tan bellas cosas!

Como sus amigos se burlan, Valdelomar reacciona:

—Un hombre puede tener sortijas en los dedos y tener talento. Hay quienes no tienen ni talento ni sortijas.

En vano hablan de despedirlo en un fumadero de opio del Barrio Chino. Abraham es inflexible: a las seis de la mañana tiene que estar en la estación del ferrocarril. Como todo escritor que ha cedido a la tentación de la política, debe pagar las consecuencias: giras, coloquios, mítines, discursos. Calándose el monóculo hace una venia y se va.

El viaje a Huamanga —1919— duraba seis días. El primero en tren hasta Huancayo, escalando los cinco mil metros de la cordillera central. El resto en cabalgadura.

Suponemos que el tren lo soportó, pero ¿cómo serían sus cinco días en mula por riscos, páramos y precipicios? Había empezado la estación de las lluvias y en el camino no se encontraba más que tambos donde se dormía sobre una piel de carnero. ¿Qué marcas dejó o qué horizontes abrió en él esta ruda travesía? Poco sabemos de ella. Sólo que desde Lima lo acompañaba un mancebo y que en Huancayo se les añadió un arriero. Misterioso mancebo. Uno de sus biógrafos insinúa que Abraham, a pesar de las novias que tuvo y que tenía, no era ajeno a las prácticas pederásticas. El arriero llevaba el equipaje del poeta, es decir, mucha ropa, muchos libros y manuscritos y su caja de "medicamentos". Lo que sí puede asegurarse es que cumplió su itinerario con una precisión implacable. Cada pisada de su mula, cada ínfima circunstancia que retardó o aceleró el viaje lo conducían, sin posibilidad de error, a la cita más importante de su vida.

A Huamanga llegó exhausto y rabiando. Los notables lo llevaron a la mejor pieza del hotel Bolognesi, en la Plaza de Armas. ¡Pero qué le importaba eso! El arriero se había retrasado y no disponía en ese momento de ropa limpia ni, sobre todo, de su *cofre con remedios*. Esa misma noche se daba un banquete a los congresistas en el cual debía tomar la palabra.

El arriero terminó por llegar y Abraham, que ya estaba por renunciar a la cena, pudo vestirse: camisa bordada, chaleco de fan-

tasía, corbata plateada, frac y monóculo. No tuvo tiempo ni necesidad de consultar sus papeles. Discursos él sabía pronunciarlos, viriles, patrióticos y movilizadores. En su bolsillo guardó su *preciosa hipodérmica*.

En el segundo piso del hotel habían preparado la mesa: mantel blanco y cubiertos de plata prestados por el rico señor Renán del Barco. Pero era inútil buscar caviar, *foie gras*, salmón ahumado, recuerdos de su estada europea. Se veían fuentes con chicharrones, anticuchos, cuy chactado y una botella de pisco por comensal.

Abraham tomó asiento frente al obispo de Huamanga que llevaba el nombre luego histórico, por homonimia, de Fidel Castro. A mitad de la cena todos estaban achispados. Todos, salvo Valdelomar que se sentía cansado, aburrido, triste una vez más. ¡Tener que prodigarse en ágapes provincianos y vana charlatanería, cuando tenía tanto que escribir! Terminada esa gira, vería en Lima la manera de encontrar tiempo para proseguir su obra suspendida. Sirvieron el postre. Pronto empezaría los discursos. Era el momento de emprender un "vuelo", si quería sobreponerse a su desaliento. Menos mal que no había olvidado su ampollita.

Discretamente abandonó la mesa. El edificio era viejo, mal iluminado, lleno de corredores y vericuetos. En el ala posterior se extravió. Buscando un lugar propicio le pareció distinguir una escalera que llevaba a un patio sombrío. Ensayó con el pie un peldaño, luego otro y cuando quiso apoyarse en el pasamanos sólo encontró el vacío y durante unas fracciones de segundo voló, voló literalmente, para estrellarse contra un montículo de piedras, al lado de un pozo que servía de retrete.

Hay una versión popular de su muerte que escuché de niño: Valdelomar murió ahogado en un pozo de caca. Si esta versión prevalece es por su carácter paradójico (un esteta enterrado en la inmundicia) o simbólico (un poeta en estas tierras no puede desaparecer más que entre los excrementos). Pero lo cierto es que no cayó al silo ni murió asfixiado. No es claro cómo se le encontró. El banquete proseguía, cada vez más eufórico. Una silla vacía en estos casos es tan insignificante como una vida menos en la inmen-

sidad del mundo. Los comensales ignoraban que su anfitrión máspreciado agonizaba chillando al borde de un cagadero.

Se le transportó a su dormitorio del hotel. Una junta de médicos (dos, todos los que había en Huamanga) diagnosticó ruptura de la columna vertebral y de varias costillas. Caso sin remedio. No cabía más que administrarle calmantes y los santos óleos. Un notable hizo que lo llevaran a su casa, a una habitación más cómoda. A los dos días, asistido por monseñor Fidel Castro, expiró llamando a gritos a su madre, la única mujer que había contado en su vida:

“Mi padre era callado y mi madre era triste.

Y la alegría nadie me la supo enseñar”.

Así quedó truncada, a los 31 años, la vida de un artista que, a no ser por este accidente, por simple deducción, hubiera cambiado la fisonomía de nuestra literatura. Había escrito los cuentos más hermosos del Perú, algunos versos inmortales, novelas audacísimas para su tiempo, piezas de teatro, ensayos y crónicas de una gracia inimitable. Con él desapareció una probabilidad, un derrotero, un mapa inacabado de nuestro espacio espiritual. Como ha ocurrido en otros casos, su trágico fin está descrito en sus facciones: en su drama “El vuelo” y en su relato “El vuelo de los cóndores”, los protagonistas mueren por ruptura de la columna vertebral, a raíz de una caída.

Lo embalsamaron en Huamanga. Dieciséis indios llevaron en hombros su féretro hasta Huancayo. Tardaron trece días cobrando un sol y una ración de coca por jornada. Dieciséis indios analfabetos que nunca lo leyeron.



▣ **Luis Martín Ulloa**

Nació en Guadalajara, Jalisco. Es doctor en Letras por la Universidad de Guadalajara, donde es investigador y profesor de literatura. Ha obtenido la beca del CONACULTA en el área de cuento en dos ocasiones (1998 y 2002). Tiene un libro de cuentos titulado *Damas y caballeros* y ha sido incluido en diversas antologías de narrativa jalisciense. Es coordinador del Taller de Narrativa del Departamento de Estudios Literarios (TANDEL) y fundador de la Red Cultural Cobalto.

▣ **Ricardo Sigala**

Nació en Guadalajara, Jal., en 1969. Estudió la licenciatura de Letras y la maestría en Literaturas del Siglo XX en la Universidad de Guadalajara. Es autor de los libros *Periplos* y *Paraiplos*. Varios de sus relatos se han traducido y publicado en Eslovenia. Desde hace muchos años dirige un taller literario en Ciudad Guzmán. Actualmente es maestro en el Liceo del Valle, Centro de Estudios para Extranjeros de la UdeG, ITESO y Tec de Monterrey, y forma parte del consejo editorial de la revista *Reverso*.

